

El fin del psicoanálisis es... su principio

MANUEL HERNÁNDEZ GARCÍA

- *¿Cuáles son las condiciones promovidas por el mismo psicoanálisis tales que pueden llevar a su desaparición?*

Que haya obstáculos externos al psicoanálisis no es un descubrimiento, en cambio es posible cuestionar el momento actual del movimiento analítico y del psicoanálisis como tal para intentar localizar aquellos factores que harían que el propio psicoanálisis se neutralizara a sí mismo hasta su completa desaparición. Jacques Derrida ha hablado de resistencias *del* psicoanálisis en un libro del mismo nombre.¹

¿Quién puede decir actualmente qué sí es psicoanálisis y qué no lo es? Todos y nadie, es decir, el psicoanálisis es lo que produce cada uno que se considere dentro del mismo; de ahí que ahora cada quien tenga una cuota de responsabilidad en lo que es el psicoanálisis, y lo que será su porvenir. En cambio, en vida de Freud sí había alguien, él mismo, que podía establecer límites claros para declarar qué elaboraciones eran ajenas al psicoanálisis. Después de su muerte, la IPA (*International Psychoanalytic Association*) pudo asumir esa función durante un tiempo, pero ya desde hace mucho la dispersión del movimiento psicoanalítico es tan grande que el término “psicoanálisis” sencillamente está fuera del control de todo el mundo y, por la misma razón, puede ser empleado por cualquiera para describir su actividad. Así, siempre es posible declararse como el genuino portador del psicoanálisis. De hecho es muy frecuente encontrar a menudo declaraciones sobre la “crisis del psicoanálisis” y sobre la necesidad de “salvarlo” de su extinción. El momento actual no es diferente en eso a cualquier otro. ¿Habría que concluir que el psicoanálisis siempre está en crisis y en peligro de desaparecer? A mi entender sí, lo que se comprende si se mide la seriedad de aquella afirmación en la que Lacan señaló que no hay transmisión del psicoanálisis, y que hay que reinventarlo cada vez.² Si es así,

¹ Jacques Derrida, *Résistances de la psychanalyse*, Galilée, París, 1996 / *Resistencias del psicoanálisis*, Paidós, México, 1998. En la colección convenientemente llamada “Espacios del saber”. En lo sucesivo citaremos la versión en francés y en español divididas por un /.

² *Congrès de l'École Freudienne de Paris sur « La transmission »*. En *Lettres de l'École*, 1979, n° 25, vol. II, pp. 219-220. en *Pas-tout Lacan*, www.ecole-lacanienne.net

entonces las principales causas de su desaparición pueden estar en el psicoanálisis mismo y no afuera.

- *¿Existe un psicoanálisis derridiano?*

Los Estados Generales del psicoanálisis fue una reunión que tuvo lugar en París en el año 2000. Se trató de una convocatoria a dialogar abierta a cualquiera que se considerara parte del psicoanálisis.³ En el origen de esta convocatoria se encuentra el caso de Amilcar Lobo y el escándalo que le siguió. Explotó cuando corrió la noticia de que en Brasil “un psicoanalista era a la vez torturador” y que colaboraba con la dictadura. Ese caso dio pie a un rumor que fue acallado en la IPA durante años, hasta la publicación del libro de Helena Besserman Viana⁴ y la acogida que tuvo por parte de algunos personajes parisinos bajo la forma de una reunión en esa ciudad en 1998, misma que no transcurrió sin incidentes, y que desembocó, sin embargo, en la organización de la gran reunión en la Sorbona bajo el título de *États Généraux de la psychanalyse*, de cuya concepción participó Jacques Derrida. Los efectos de ello permean todavía diferentes medios analíticos, sobre todo latinoamericanos.

Es posible afirmar que el caso Lobo es un resultado lógico de la modalidad de formación de psicoanalistas que practica la IPA, en cuyo sistema se declara a alguien “psicoanalista en formación” a partir del momento en que está haciendo un análisis didáctico y que ha recibido autorización para recibir pacientes, bajo supervisión de dos analistas del Instituto que se hace cargo de su formación. Cumplidos ciertos requisitos dicho candidato, pero ya analista en formación, será miembro asociado y, al cabo de un tiempo y de haber cumplido otros requisitos, miembro titular e incluso analista didacta. Como es bien sabido, la IPA considera que puede elegir a los mejores candidatos a psicoanalistas a través de entrevistas previas, haciendo su selección al inicio del recorrido.

³ Se pueden encontrar las precisiones al respecto en el sitio www.etatsgeneraux-psychanalyse.net

⁴ Helena Besserman Viana, *No se lo cuente a nadie. Política del psicoanálisis frente a la dictadura y la tortura*, Polemos Editorial, Buenos Aires, 1998

Lacan propuso otro punto de vista: solamente cuando un análisis ha llegado a su final el que era analizante puede comenzar a operar en el lugar del analista. El psicoanalista existe en función de su fin de análisis.

Cuando la IPA reconoce a alguien como analista, así sea “en formación”, asume una responsabilidad corporativa, pues otorga una autorización institucional. Por eso en el caso Lobo, las acusaciones apuntaron a la Sociedad a la que pertenecía y, sobre todo, a su didacta. Ahora bien, si no hubiese existido dicho marco institucional y Amilcar Lobo hubiese simplemente pedido un análisis ¿cuál hubiera sido el problema? ¿Qué inconveniente hay en que un psicoanalista reciba en su diván a alguien que practica la tortura? Ninguno, siempre y cuando esté dispuesto a darle lugar a los avatares que la transferencia introduce, como en cada caso. El problema para la IPA fue considerar a Amilcar Lobo como un “analista en formación”, y la responsabilidad de lo que sucedió lógicamente recayó en su didacta. No es extraño si se piensa que los didactas tienen una influencia institucional en el avance de sus analizados-candidatos.

Como se ve, la cuestión candente es el momento en que alguien es nombrado y reconocido como analista, es decir, si eso sucede *antes* o *después* de su fin de análisis.

Sin embargo, el libro que resultó de los Estados generales del psicoanálisis⁵ revela que el problema de la localización del analista no fue encarado. Ahí, cualquiera es analista si se dice tal. Contrariamente a lo que se cree, la frase “el analista no se autoriza más que por él mismo” tiene un sentido completamente diferente. Cuando Lacan avanzó por primera vez esa idea fue en un texto en donde también abre la cuestión de que el fin de análisis es lo que permite el paso de hecho del lugar del analizante al del analista, y donde se trata, igualmente, del pase. Así, autorización, fin de análisis y pase fueron vinculados entre sí por Lacan.

En cambio, para los Estados generales no hay interrogación alguna sobre la autorización del analista y su relación con el fin de análisis; al producirse ese vacío, la discusión se precipita al terreno político, al mismo tiempo que de manera implícita o explícita se da por bueno al modelo de Eitingon para la formación de los analistas (análisis didáctico, supervisión y seminarios teóricos). Tanto es así que los Estados generales apuntan a crear un *Instituto de Altos Estudios en Psicoanálisis* que busca garantizar el acceso a

⁵ Rene Major (dir.), Élisabeth Roudinesco, Armando Uribe, Jacques Derrida, Amy Cohen, *Estados generales del psicoanálisis. Perspectivas para el tercer milenio*. Siglo XXI editores Argentina, 2005, Buenos Aires.

cierto “nivel de conocimientos”⁶ en la formación de los analistas, y al igual que en el modelo de Eitingon subyace la idea de que lo central es garantizar un saber suficiente del psicoanalista.

- *Todos analistas, nadie analista*

Cuando se habla de *formación del analista* se habla de una tarea interminable. No nos referimos sólo a esa noción vaga y teñida de falsa humildad en donde alguien declara que “nunca termina de aprender”, sino a un posicionamiento específico que dice que la formación del analista surge de cierta adquisición de un saber y, por lo tanto, de una acumulación de conocimientos, como el susodicho Instituto de Altos Estudios en Psicoanálisis lo prevé explícitamente.

Por su parte, Jacques Derrida ha avanzado su tesis sobre la “división de la letra” haciendo una crítica explícita –aunque no muy bien informada- sobre la noción de letra en Lacan, misma que, según Derrida, sería una noción idealista en tanto que implicaría la indivisibilidad de la letra⁷. No es este el momento de hacer un análisis de esa crítica a un Lacan fabricado a modo, sino de sacar las consecuencias de la tesis de Derrida. Si el análisis es *ana-lysis*, en el sentido químico del término, entonces la división de la letra no tiene fin y por eso el análisis es interminable, dice Derrida⁸. ¿Adónde conduce esta tesis? Nada menos que a diluir la especificidad del psicoanalista. En el mismo texto en que trata a Lacan de idealista, Derrida declara que él es analizante y analista “en su tiempo libre”, como todo el mundo.

Vayamos paso a paso; Derrida fabrica, de nuevo, un Lacan a modo para hacer una crítica, atribuyéndole que insistía sobre “su estatuto real de no-analista institucional”. ¿Qué habría dicho, en verdad, Lacan? La cuestión se presenta por la vía del *se-dice*, y lo cuenta Derrida en su artículo “Por el amor de Lacan”:

⁶ Ibid., p. 242

⁷ Jacques Derrida, *Résistances de la psychanalyse, op. cit.*, p.78 / *Resistencias del psicoanálisis, op. cit.* En la colección convenientemente llamada “Espacios del saber”. p.88-89.

⁸ Ibid. p. 40/ p. 44

Girard me contó que, después de mi conferencia en Baltimore, cuando él trataba de hacer compartir a Lacan su propia evaluación (que era generosa), Lacan, por su parte, habría dicho: “Sí, sí, está bien, pero la diferencia entre él y yo es que él no trata con personas que sufren”. Se sobreentiende “con personas en análisis”. ¿Qué sabía? Muy imprudente. No podía decir eso con toda tranquilidad, ni saberlo, a menos que no se refiriera al sufrimiento (ay, yo también, como tantos otros, trato con personas que sufren, todos ustedes por ejemplo), ni a la transferencia, es decir, al amor, que nunca tuvo necesidad de la situación analítica para hacer de las suyas. Lacan hacía entonces de la clínica institucionalizada de un cierto modo, y de las reglas de la situación analítica, un criterio de competencia absoluta para hablar –de todo esto-.⁹

¿En verdad es eso lo que dijo Lacan? Poco importa, pues la cuestión se presenta por el lado del se-dice. Pero sí es relevante ver las consecuencias que saca Derrida de su propia anécdota: ¿hay posibilidades o no para un lugar y una función específica del analista? No, al menos en su opinión, pues sostiene que no hay tal especificidad, pues igual que Lacan, él trataba con transferencias y con personas que sufren, como lo hacemos todos.

De hecho, lo que aquí está implicado fue dicho claramente un poco después en el mismo texto. Derrida trae a la memoria un momento del seminario *L'insu que sait de l'une bévue s'aile à mourre* en donde Lacan habría dicho que él creía a Derrida en análisis, aunque no lo sabía de cierto.

De todas maneras, ¿qué sabía él de que yo estuviera o no en análisis, y qué podía significar esto? El hecho de que yo no haya estado nunca en análisis, en el sentido institucional de la situación analítica, no me impide estar aquí o allá, de manera poco responsable, como analizante o analista por momentos y a mi manera. Como todo el mundo.¹⁰

⁹ *Ibíd.* p. 86 / . p. 98

¹⁰ Jacques Derrida, *Resistencias del psicoanálisis*, *op. cit.*, p. 99

Este párrafo presenta varios problemas, dignos de comentario. Citemos antes la versión original en francés.

*De toute façon qu'en savait-il, que je fusse ou non en analyse, et qu'est-ce que cela pouvait signifier? Que je n'ai jamais été en analyse, au sens institutionnel de la situation analytique, ne m'empêche pas d'être ici ou là, de façon peu comptable, analysant ou analyste à mes heures et à ma manière. Comme tout le monde.*¹¹

En primer lugar aquí está explícito que para Derrida no hay especificidad del lugar del analista. De hecho considera que hay una oscilación continua entre las posiciones de analizante y analista, y que es posible ser analista “en sus horas libres” (no “por momentos” como dice la traducción al castellano). Afortunadamente, Derrida aclara que todo esto es de manera poco responsable.

A pesar de su amor de Lacan, o precisamente por él, su desconocimiento sistemático de la enseñanza lacaniana se verifica cuando habla de “la situación analítica”. Lacan dedicó un seminario a desmentir en cuanto a la transferencia su “pretendida situación”. No existe la “situación analítica” por el hecho de que al renunciar al encuadre, para Lacan tampoco existía ninguna situación “institucional” del análisis. Sin tomar esto en consideración, Derrida ondea ese término “institucional” con un matiz peyorativo, aunque es claro que para Lacan el análisis era un dispositivo móvil y no una situación institucional. Tan fue así que eso determinó su expulsión de la IPA, pues en eso Lacan no dio marcha atrás.

La posición de Lacan respecto a la localización del analista por el final de análisis es el grado cero de la institucionalidad y la apuesta por dos dispositivos: el del análisis -llevado hasta su conclusión- y el del pase.

Pero ¿acaso el psicoanálisis no es realmente infinito? Lo es, si se toma sólo al registro simbólico; y no por una infinita división de la letra -operación un tanto misteriosa- sino porque el lenguaje no tiene límites. Sin embargo, desde 1953 para Lacan existen junto al simbólico, también el imaginario y el real, sobre los que no me detendré por ahora. En cambio, sí es importante hacer hincapié en que el final del análisis llega en un acto, el acto analítico. ¿Es posible aprehender las implicaciones del acto analítico si se habla por

¹¹ Jacques Derrida, *Résistances de la psychanalyse*, op. cit. p. 86-87

el amor de Lacan, si el amor transferencial está vigente, como implica el mismo Derrida en el párrafo antes citado?

El acto es heterogéneo al simbólico, va más allá de éste aún si tiene una punta significativa. Subvierte al simbólico, dándole una nueva configuración, y hay acto en la medida en que la acción reordena las relaciones simbólicas. Un lapsus en el que un hombre llama a su mujer con el nombre de otra es un pasaje al acto que puede cambiar para siempre la relación con su mujer, al punto en que tal vez ésta deje de serlo. Al cruzar el Rubicón, Julio César realizaba un acto de las mayores consecuencias para el mundo occidental.

El acto, una noción altamente conceptualizada por Lacan entre 1967 y 1968, es incomprendible sin el objeto *a* que se localiza por los tres registros, sin ser exclusivamente de alguno de ellos. Esto es lo que Derrida desconoce sistemáticamente, y procede como si el psicoanálisis fuese exclusivamente simbólico.

La práctica lacaniana se orienta por los tres registros, en cambio, el psicoanálisis que reivindica como única intervención posible del analista la interpretación, corre el riesgo de generar su infinitud. Este es el psicoanálisis que más apoyo ha buscado en las tesis de Derrida, con lo cual se llega a dos posicionamientos:

- 1) El acto analítico queda borrado, pues se parte de la tesis de que el análisis es interminable.
- 2) El sintagma “el analista no se autoriza más que por él mismo” se entiende como “cualquiera puede ser analista y analizante a su guisa” y se diluye la especificidad de los lugares.

- *Los Estados generales y la oleada moral*

La consecuencia de lo anterior es que se borra la tesis más exigente que se haya producido jamás respecto del psicoanalista: se accede al lugar de psicoanalista a partir de un final de análisis, no antes, y no por otra vía.

El posicionamiento de los Estado generales refuerza una noción preanalítica y que es heterogénea a la práctica del psicoanálisis: la idea de individuo que decide libremente y que cuenta con derechos ¡hasta el punto de hablar de un “derecho a la subjetividad”!¹². Se trata del psicoanalista funcionando como amo –que, como en la democracia de la Grecia antigua, se preocupa por ser de los mejores intelectualmente- y cuyo estatuto social es el de *ciudadano*, con sus consiguientes responsabilidades.

Si se piensa que bromeamos, hay que ver cuáles son los objetivos del llamado Instituto de Altos Estudios en Psicoanálisis:

Ese lugar será propicio, al mismo tiempo:

- 1) para la más exigente formación intelectual de los psicoanalistas, cuya necesidad planteaba Freud;
- 2) para la investigación multidisciplinaria que toma en cuenta los irreductibles avances del psicoanálisis;
- 3) para el ejercicio del más agudo análisis de los problemas actuales de la sociedad, que comprometen la *responsabilidad ciudadana*.¹³

O bien podemos citar a René Major que considera que

ahora el psicoanálisis está presente en forma virtual o real, en cualquier lugar donde uno se interrogue sobre las transformaciones que se llevan a cabo, y se involucra en la comprensión a largo plazo de estas transformaciones en cuanto a sus consecuencias sociales, jurídica, filosóficas, éticas y políticas. Exige de los psicoanalistas conocimientos cada vez más amplios, alentándolos a establecer, para su misma formación, lo que Freud llamaba “escuelas superiores de psicoanálisis, donde se enseñarían muchas disciplinas.”¹⁴

¹² Es nada menos que el título de uno de los textos de René Major: “El derecho a la subjetividad”, *Estados generales...*, *op. cit.*, p. 217

¹³ *Estados generales...op. cit.*, p. 244, las itálicas son nuestras.

¹⁴ *Ibid.*, p. 26

Así, cargado de saberes, el analista podría opinar con conocimientos suficientes en todas esas áreas, lo que Major eufemísticamente llama “seguir interrogando el deseo del filósofo, del jurista, del hombre de ciencia o del hombre de poder”.¹⁵

Semejante psicoanalista, que tanto puede, lo menos que debe hacer es pronunciarse por el *derecho al psicoanálisis*, o como Major dice, el “derecho de hablar libremente – ‘excesivamente’- y ser verdaderamente oído, de todos aquellos que en el pasado pudieron haberse sentido excluidos o privados de ello.”¹⁶ En una sola frase Major declara la libertad e igualdad de los hombres por el derecho al psicoanálisis. ¡Magnífico!

Esta versión a la francesa de un psicoanálisis guiado por los derechos del hombre tiene también su correlato en Estados Unidos, pues la APsA ya declaró explícitamente que su institución y sus psicoanalistas se rigen por los derechos humanos.¹⁷ Respuestas morales a problemas analíticos.

- *Saber o destitución del sujeto supuesto saber*

El resultado del posicionamiento promovido por los Estados generales ha sido fortalecer la imperturbable metodología de Max Eitingon sobre la llamada “formación de psicoanalistas”, con el análisis *didáctico* (formal o informal, en donde la enseñanza está en primer término), la supervisión y los seminarios teóricos. Todo apuntando a la acumulación de saber. Pero ¿no será que la operación del psicoanalista se sostiene más bien en mantener con tenacidad una posición de *no-saber*? Esa fue la apuesta de Lacan al plantear que ese no-saber es el resultado de la destitución subjetiva por la que cae el sujeto supuesto saber. Lo que con ello está en juego es la posibilidad de innovar, lo que resulta muy difícil desde la acumulación de saber.

Tenemos entonces reunidas dos condiciones necesarias para vislumbrar la caducidad del psicoanálisis.

Si todo en el análisis ocurre en el registro simbólico, entonces no hay fin de análisis, y por lo tanto la formación del analista es una cuestión de acumulación de saber, a su vez

¹⁵ Ibidem

¹⁶ Ibid., p. 27

¹⁷ Cf. www.apsa.org

infinita. Por eso cualquiera que tenga un nivel suficiente de conocimientos (pero también si no lo tiene) puede decirse analista, pues uno sería analista “en su tiempo libre”, pero claro, siempre y cuando tenga la disposición de seguir al infinito la división y la deriva de las palabras, sin que un acto zanje nunca nada. Celebremos pues la inexistencia de la enseñanza de Lacan y la sustitución del método analítico por el de la deconstrucción, en donde por principio el análisis no tiene fin.¹⁸

No es extraño, pues, que Derrida despierte tanto interés en los medios psicoanalíticos que son anti-lacanianos. Representa una nueva herramienta para rechazar las tesis de Lacan sobre la localización del analista.

El desplazamiento a lo político de una discusión todavía no efectuada de estos problemas está inundando las discusiones de lo que ya se ha llamado una etificación del psicoanálisis¹⁹, cuya calamidad radica en que veremos la victoria del Bien.

En vez de una interrogación sobre la autorización del psicoanalista, tenemos un discurso sobre los *derechos*, sobre la libertad y la igualdad. Una verdadera secuela de los derechos del hombre. A no dudarlo, triunfará el Bien y sufrirá el psicoanálisis.

- *Conclusión... y preguntas al respecto*

Como se ve, la discusión importante en cuanto al psicoanalista y su acto se sitúa en el fin de análisis. En vez de ser la fuente de un saber suficiente, el análisis finaliza -si se le permite llegar hasta ese punto- en la destitución del sujeto supuesto saber, lo que permite al analista sostener al no-saber con el que puede situar su intervención en cada caso según los movimientos en éste. Lacan planteó ciertos elementos mínimos, pero fundamentales, respecto del fin de análisis. En lugar de una deriva infinita por el simbólico, por el puro bla-bla-bla, el acto efectúa el *deser (desêtre)* del analista y con la caída del analista como objeto *a*, se agujerea al ser de manera topológica. Por esta experiencia Lacan encontró que es posible, para quien está dejando de ser analizante,

¹⁸ "Lo que se llama 'deconstrucción' obedece innegablemente a una exigencia *analítica*, a la vez crítica y analítica. Se trata **siempre** de *deshacer, desedimentar, descomponer, desconstituir* sedimentos, *artefacta*, presupuestos, instituciones." Jacques Derrida, *Résistances de la psychanalyse, op. cit.*, p. 41 / *Resistencias del psicoanálisis, op. cit.* p. 46; las negritas son mías.

¹⁹ Jean Allouch, *Etificación del psicoanálisis. Calamidad*. Edelp, Córdoba, 1999.

dar soporte a la función del analista, es decir, a través de un acto que es irreversible y que ningún malabar lingüístico puede revocar.

Presa de una verdad incurable, el analista está afectado por la castración. ¿Será eso lo que haga que exista una actualidad posible del psicoanálisis? Podría ser así si se reconoce que la operación de fin de análisis aún está plagada de enigmas. En esa medida, los finales efectivos de análisis podrían permitir situar los puntos ciegos y los filos de esos grandes ejes planteados por Lacan a partir de su *Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela*.²⁰ Por ejemplo, si el acto analítico subvierte, como cada acto, al simbólico, ¿el imaginario y el real quedan intactos? Mencionemos sólo dos problemas inmediatos: en cuanto al imaginario, ¿qué sucede con el narcisismo tras el final de un análisis? Y respecto del real, ¿qué implica para la subjetividad de quien finalizó un análisis que el objeto *a*, que se desechó con la caída del analista, se reencuentre en su pareja sexual?²¹ ¿tiene ahí el objeto *a* el mismo estatuto y el mismo efecto que antes de su caída?

A través de interrogar cuidadosamente la operación del final y la autorización del analista tal vez será posible, con Lacan, sostener una apuesta de innovación.

²⁰ Jacques Lacan, « Proposition du 9 octobre 1967 sur l'analyste de l'École », Scilicet 1, Seuil, París, 1968. La transcripción de la versión oral está disponible en *Pas-tout Lacan*, www.ecole-lacanienne.net

²¹ Jacques Lacan, *L'acte analytique*, 21 de febrero de 1968.